

Raíces en el equipaje

(Continuación)

FRAGMENTO IV

Mi primera reacción fue arrugar el papel que contenía todas aquellas palabras tan decisivas, y arrojárselo muy lejos. Era como si me hubiera quemado. Pero luego lo tomé, y lo lei nuevamente con más detención. Me invadió una mezcla de alegría con miedo; me sentí completamente desorientado. Deseaba no haber recibido nunca esa carta. Por un instante la idea cruzó por mi mente: no me daría por enterado, simplemente se habría perdido. Luego comprendí lo inútil de este planteamiento, y opté por meditar acerca de mi respuesta durante algunos días. La guardé en el escritorio, y pensé que no la recordaría muy seguido. Pero era como una sombra que me perseguía, en cada minuto de ocio se hacía presente y me atormentaba. Entonces me obligué a escribir la respuesta. Recuerdo cada palabra, todavía me duele haber sido tan frío, pero seguramente no lo hubiese podido decir de otra forma, pues mi corazón era un perfecto desconocido para mí en aquel tiempo:

"Mi muy estimada Irene,

"Concuerdo contigo en que pasamos veladas preciosas los dos juntos y también guardo aquellos recuerdos en mi memoria. Pero debo reconocer que para mí siempre fuiste y serás sólo una buena amiga, con la cual me agrada compartir y conversar. Sería una lastima que esta amistad tan hermosa ahora llegara a su término, puesto que no estoy en condiciones de ofrecerte algo más.

"Por esto te pido que tú misma resuelvas nuestro futuro: seguir como amigos o no saber nada más el uno del otro. Sino me escribes más, lo comprenderé; y si lo haces, seguiremos como antes.

Te aprecia
Hermann"

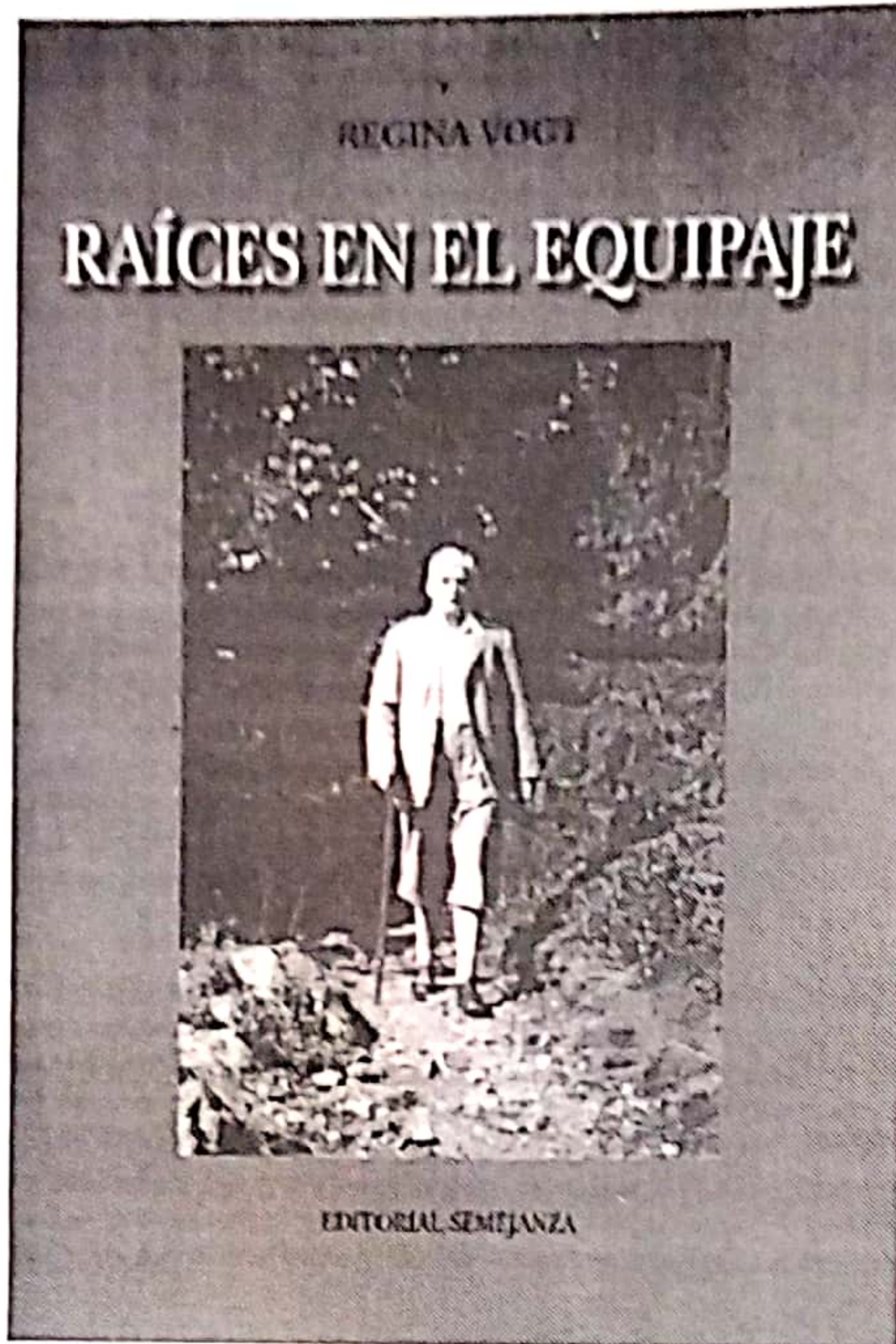
Cuando recuerdo este episodio, no puedo dejar de sentirme confundido y acongojado. Pobre Irene, pronto me volvió a escribir como si nada hubiese sucedido. Hasta que un día las cartas comenzaron a escasear y luego me entere, por medio de mis padres, de que se había casado. En esa época yo estaba en Estados Unidos, tratando de sobrevivir. La noticia me produjo un tremendo impacto. ¿Qué egoísta había sido mi modo de pensar en ella! Lo cierto es que la recordaba como una reserva que me estaría esperando por siempre. Y ahora, todo se había acabado. ¿Cómo pude pensar que si no era yo, no se casaría con ningún otro? Era joven y necesitaba establecerse, formar un hogar, y yo era un capitulo cerrado en su vida. ¿Lo era ella para mí? Todavía no encuentro esta respuesta; tampoco sé si alguna vez la amé más de lo que nunca quise reconocer. Entonces me aterra esta pregunta: ¿Soy capaz de amar? ¿Soy capaz de entregarme por entero a una persona y compartir todo con ella? Mi mayor anhelo en estos momentos es encontrar a la mujer adecuada, pero pensé que sería más fácil de lo que ha sido hasta ahora.

Mientras tanto, continúo revisando mi diario de vida de aquella época.

BOLIVIA 1916

Llegué a Oruro y ahora sus pequeñas casas me parecen simpáticas y la ciudad, acogedora. Ya no siento la desolación de mi primer arribo. Conozco cada rincón y es como mi segundo hogar. Tomé contacto con mis antiguos conocidos. Con sorpresa y alegría constaté que han llegado más alemanes, cuatro de ellos provenientes de mi querida Greiz.

En las ciudades bolivianas se están operando varios cambios, producto de la riqueza generada por la guerra. Como siempre sucede, en los conflictos hay terceros que salen ganando. Varios minerales estratégicos han subido enormemente su precio. En las calles ahora es habitual ver personas con ropa elegante importada de Europa; también circulan los primeros automóviles, con el consiguiente aumento de ruido y desplazamientos. Pero los indios permanecen intactos, sus costumbres no varían con el paso de los años. Esas indias encucilladas frente a sus productos parecen inmortales. Su piel no tiene edad, es como un pergamino que contiene mensajes que no comprendemos. Sus ropas son un misterio, ¿Cuántas faldas usan? ¿Cómo se amarran sus mantos con tanta gracia? ¿De dónde sacan sus telas multicolores y siempre distintas? ¿Cómo se afirman sus pequeños sombreros sobre la espesa cabellera trenzada? Y sus manos. Duras, pero gráciles; mugrientas pero atractivas; toscas, pero de una habilidad insospechada. Ordenan los granos dentro de diversos sacos, para ofrecerlos por escualidos precios. Pelan frutas y verduras con rapidez y exactitud, casi sin mirar. Arropan al eterno niño que permanece a su lado. Le dan de comer, lo amamantan, despiojan su cabello. Pelan las largas trenzas de sus hijas. Y



si no hay nada más que hacer, tejen, hilan, bordan. Esas indias con su amor por los colores luminosos, con sus artesanías extraordinariamente bellas, viven en la sencillez y miseria más absoluta. No entiendo por qué su gusto estético no se refleja en sus chozas miserables de adobe y paja, rodeados de artefactos viejos, trastos inservibles, de basura. No tienen muebles, salvo la cama; todo lo hacen sentados en el suelo. Algunos tienen una mesa y un par de sillas muy rústicas. Viven de sus animales, con ellos y para ellos. Sus rebaños de ovejas y de llamas son su tesoro más preciado. Algunos tienen burros, y todos tienen perros, que se revuelcan en el piso de tierra junto con los bebés gateadores. No, estos indios no han cambiado, y me pregunto si lo harán algún día. Y si lo hacen, ¿serían más felices? Parecen vivir ajenos a nuestro tiempo, en su propio espacio.

No pude haber llegado en mejor momento a Bolivia. Unos días después de mi arribo, los Estados Unidos entraron a la guerra. ¡Qué suerte que ya no estoy allá! Aquí, en cambio, a los alemanes se los deja trabajar tranquilos; es un compromiso que adquirió el Estado boliviano. Lo está cumpliendo con mucho respeto, a pesar de que ha roto las relaciones con el gobierno alemán.

Me hicieron muchas ofertas de trabajo, y por primera vez pude elegir. La decisión no fue fácil; finalmente he aceptado un trabajo en la minera San José. Gano cuatrocientos dólares, pero hay muy poco que hacer y comienzo a aburrirme. Además, como la mina se encuentra muy cerca de Oruro, dispongo de tiempo para ir a las tertulias, y gasto mucho dinero allí. La situación se está tornando poco satisfactoria.

MINA DEL KAMI, 1916

El señor Patiño se ha vuelto a cruzar en mi camino. Su mina de tungsteno Kami necesita la dirección de un ingeniero. La compró hace poco y aún ni siquiera la conoce. Me invitó a recorrerla junto a él. Patiño es todo un personaje. De origen mestizo, con esfuerzo y buen ojo para los negocios, ha logrado levantar una suerte de imperio minero. Compra minas por doquier, y ni él sabe bien cuánto dinero posee. Es muy astuto, un tanto rezongón y tacaño. Su aspecto físico es insignificante: pequeño, moreno, de nariz aguileña y ojos vivaces; sin embargo, irradia autoridad y en su presencia nadie se atreve a contradecirlo. Cuando viaja lo hace con gran pompa, acompañado de todo un séquito. Veinte mulas tuvieron que acarrear lo que necesitaba en esta oportunidad: camas, comestibles y champaña. El viaje duró dos días de ida y dos de vuelta; allá sólo estuvimos otros dos días.

La mina del Kami, situada en un cerro del mismo nombre, me gustó desde el primer día que la conocí. La montaña es imponente, algo parecida a los Alpes; su belleza me conquistó. Al recorrer la mina, supe de inmediato cuál es su problema: la dirección está a cargo de un hermanastro de Patiño. Hay tal desorden y desorganización que, pese al elevado precio del tungsteno, la mina arroja grandes pérdidas. Sólo es necesario aplicar mano firme y reorganizar todo. Pero esto no será fácil, seguramente costará muchos disgustos y tal vez hasta la vida. Sin embargo, me atrae el desafío y de regreso en Oruro, acepté el cargo. Para no caer nuevamente en la trampa de un complicado contrato, no quise firmar nada parecido. Sólo pedí que, en un caso eventual, se me conceda la posibilidad de renunciar con dos meses de anticipación. Mi sueldo se ha fijado en seiscientos bolivianos, y debo costearme mi propia mantención en la mina. Como en el Kami no tendré mucha oportunidad de gastar, podré ahorrar quinientos bolivianos, lo cual corresponde a unos mil marcos alemanes. ¡Es bastante dinero!

(Continuará)

REGINA VÖGT BREHM, (1954-Santiago de Chile). Poeta y escritora.

SUPLEMENTO DE LA CULTURA ORUREÑA

DIRECTOR: Luis Urquieta Molleda
CONSEJO EDITOR: Alberto Guerra Gutiérrez
 Edwin Guzmán Ortiz
 Benjamín Chávez Camacho
 Erasmo Zarzuela C.
COORDINACION: Julia Guadalupe García Ortega.

Zona Franca Oruro, con nuestra cultura

TESTIMONIO